

primer año en la Escuela de Arte Teatral del INBA, quien logra una creación en su poeta adolescente y abriga el difícil papel que debe ser dicho constantemente en camelo. Otro aplauso triple para Lupita Quiroz, excelente en sus reacciones, en sus tonos y en su gracia. Muy bien Enrique Muñoz en su petimetre interesado. Sólo un lunar en el reparto: Mariela Flores, quien no comprendió el sentido de la farsa y no pudo, por tanto, aprovechar su graciosísimo personaje. Vuelve a acertar Xavier Rojas en su dirección escénica, cosa que me alegra sobremanera porque últimamente Xavier se había empeñado en borrar la buena impresión que tenía de él como director.

En *Te juro Juana que tengo ganas* no hay muchachas en bikini, ni chistes soeces, ni trucos baratos, como en otros teatros; pero yo aseguro al lector que si asiste al Teatro Granero se divertirá mucho más.

15 de octubre de 1967

LA MAGIA PSICODÉLICA DE LA COLONIA

Sra. Ofelia Guilmáin
Teatro Xola

Querida y admirada Ofelia:

Sé —por amigos o enemigos mutuos— que te ofendiste por mi crónica acerca de aquel *Macbeth* que yo llamé haciéndome el gracioso, “del Oeste”. Me voy ya acostumbrando a que la gente de teatro se ofenda conmigo cuando no las elogio, y me resigno porque estoy convencido que la verdad —al menos *mi* verdad— a nadie satisface. Desde mi primera crónica teatral me hice el juramento de decir, sin circunloquio alguno, lo que en realidad pensaba, sin importarme cuántos enemigos me podría echar a cuestras. Y he cumplido, aunque en ocasiones sí me importe la enemistad de alguien. Como tú, por ejemplo, pero yo tenía que decir que en *Macbeth* estabas mal, porque no estudiaste a fondo

cse maravilloso personaje de Lady Macbeth, o porque estabas insegura la noche del estreno, o porque problemas de cualquiera índole te impedían penetrar en tu papel. Por otra parte, tal parece que todo se confabuló para que no lograras un éxito más: la escenografía, que era lamentable; la dirección, que sólo se preocupó por mover “plásticamente” a las brujas, y el desigual reparto escogido. Pero así como en aquella ocasión dije mi verdad, ahora, contentísimo, digo que he vuelto a ver a la Ofelia de siempre, a la primera actriz indiscutible, a una de las glorias del teatro mexicano actual. En *La ronda de la hechizada*, Ofelia Guilmáin ha vuelto a ser Ofelia Guilmáin. Y no es que la Dominga del Parían sea menos difícil que la Lady Macbeth: quizá sea más porque el personaje no conserva siempre el mismo equilibrio: salta de la farsa a la poesía sin transición alguna, pero tú sabiamente le diste el equilibrio requerido. Lo mismo haces brotar la carcajada franca que conmueves diciendo a Fray Luis de León o buscando ese mestizaje espiritual que obsesiona al personaje y que es uno de los grandes aciertos de Hugo Argüelles en ésta su hermosa obra. No te felicito a ti por estar espléndida, puesto que ése es tu deber teniendo las extraordinarias dotes que tienes, me felicito a mí por haberte visto, y al público que te aplaude, y al movimiento teatral mexicano por tenerte. Y por todo eso te exijo más: debes ser siempre, tienes que serlo, la Ofelia Guilmáin de *Los justos* —para hablar de lo primero— y la de *La ronda de la hechizada* —para hablar de lo último.

También sé que Hugo Argüelles escribió esta obra especialmente para ti. Y tuvo razón, porque la Dominga nadie más podría haberla “sacado” como tú. Ese personaje maravilloso, aparentemente frívolo, despreocupado, que viene a la Nueva España en busca de la magia y la encuentra en la poesía, y entonces la funde con la suya propia, es decir, con la hispánica, con la de los cantares de España y hasta con la de los místicos para crear así la forma de pensar del nuevo mexicano, del mestizo, ese personaje, decía, sólo puede ser interpretado cabalmente por una primera actriz que sea española, pero que sea mexicana al mismo tiempo. Como tú. Cuando salí del teatro sólo una crítica podía hacerte: que no pronuncias la c y la z, como los frailes y los nobles de la Nueva España, si acabas de llegar del Escorial. Pero

excelente, la dirección magnífica, la producción fastuosa y tu actuación a lo Ofelia Guilmáin cuando quiere serlo. ¿Qué más se puede pedir si se quiere ver buen teatro?

Recibe un abrazo de quien sabes te aprecia y admira.

Luis Reyes de la Maza

10 de diciembre de 1967

¡RÍE, PAYASO, RÍE!

Todo comenzó en 1892, cuando el compositor Leoncavallo estrenó su ópera *Pagliacci*. En ella, el payaso Canio, al enterarse que su esposa le es infiel, canta “Vesti la giubba”, o sea el cursilón lamento del *clown* que aunque le “sangre el corazón tiene que reír”. ¡Ríe, payaso, ríe! Poco tiempo después un escritor mexicano tan cursi, o más aún, que Leoncavallo, escribió un poema intitolado “Garrick”, donde el propio actor cómico va a consultar un médico para que lo libere del *spleen* que sufre y el facultativo le recomienda que vaya a reír con Garrick, ¡con él mismo! ¡Ríe, payaso, ríe! Llegó más tarde el *art nouveau* y con él la resurrección de los personajes de la Comedia del Arte, sólo que ahora simbolizando lo cursi, sobre todo el pobre de Pierrot, quien sufre horrores con las infidelidades de Colombina, la que prefiere, lógicamente, a Arlequín. Y Pierrot, vestido de *clown* tradicional, con su rostro enharinado, llora y ríe mientras tañe su mandolina. ¡Ríe, payaso, ríe! Todo lo anterior estuvo muy bien en su época y lo admitimos y lo comprendemos, pero lo que no podemos admitir, ni comprender, es que en 1967 se estrene una obra teatral que aunque se titule *La rueda de la fortuna*, no es más que una nueva versión del ¡Ríe, payaso, ríe!

Los programas nos hacen saber que su autor, don Héctor Quintero (Peza y Leoncavallo), recibió el premio 1965 de la UNESCO por esa obra. No lo dudo por un momento, pero semejante disparate me afianza en mi recelo hacia todas las obras premiadas. Cada dramaturgo está en su pleno derecho de escribir lo que le venga en gana, y si existen algunas personas que sin saber